

HISTORIAS DE LOCOS

Monique JOLY
Universidad de Lille III

Me propongo volver aquí sobre los tres cuentos de locos que se presentan en el prólogo y en el capítulo primero de la segunda parte del Quijote. El mero hecho de haberme referido globalmente a ellos, según acabo de hacer, da a entender que la línea de las presentes reflexiones es la de un reexamen de conjunto de su sentido. No pienso, en cambio, aventurarme en el terreno de las investigaciones realizadas sobre sus posibles fuentes. Al indicar en seguida que lo que me propongo hacer es volver sobre un tema que ya se encuentra tratado en otro lugar, tenía presente el trabajo de Barrick sobre el cuento y su función en el Quijote, que se publicó hace exactamente diez años (1). La convergencia temática de las tres historietas hace pensar -dice Barrick- que Cervantes quiso ofrecerle al lector la oportunidad de confrontar la actitud trivial del común de los mortales frente al tema de la locura con el tratamiento polifacético que el mismo tema recibe en su obra:

"If these stories are indeed drawn from folk tradition, as seems likely, Cervantes includes them to illustrate the attitude of common man, his reader, toward madness in general and toward his hero in particular. The stories represent another approach to the theme of madness that the author dealt with so often in his writings" (2).

Este juicio de conjunto sobre el papel asignado a las tres historietas se apoya, por otra parte, en una fina valoración de lo que significa la frase de enlace que en el prólogo destaca cómo el segundo cuento traído a colación por el autor es "de loco y de perro", como el anterior. Observa Barrick a este propósito que, pese a ser básicamente polémica la intención de las dos anécdotas, la relación que entre ellas se establece, al destacarse que ambas tratan de locos,

prepara en cierto sentido el terreno para la anécdota del loco sevillano que se cuenta más adelante y que, por estar ya plenamente integrada en la ficción, es de más trascendencia para el desarrollo ulterior de la novela:

Cervantes' immediate intention in including this and the preceding story /i.e. los dos cuentos del prólogo/ is to point up the foolishness of the author of the spurious second part, but, in relating two anecdotes about madness, he has prepared his reader for the third such story, the most significant of the three in terms of the novel's development (3).

Juicio muy afortunado, en la medida en que señala lo insólito de una frase que, en lugar de aducir razones lógicas para la introducción de un nuevo cuento tras el primero, insiste en la relación tipológica de los dos, conforme solían hacer los rótulos que encabezaban las secciones de cuentos en las recopilaciones chistosas, y conforme siempre parecen haber hecho los buenos decididores que van contando un cuento tras otro en alguna reunión. Pero la idea misma de que esta frase contrasta con los engarces cuidadosamente labrados de otros autores puede llevar a cuestionar lo bien fundado de una de las premisas del juicio anterior. Puede pensarse, en efecto, que lo que entre otras cosas señala la vinculación de las tres historietas es que la intención polémica que se advierte en las del prólogo subsiste en la que luego refiere un personaje de la novela. Esta es la hipótesis que voy a desarrollar en las páginas que siguen. Pero para esto es necesario un largo paréntesis, para hacer una incursión en el terreno poco atendido de los contactos textuales entre el Quijote apócrifo y el cervantino.

Nada ilustra mejor la desatención a la que me he referido que la fortuna reservada al episodio con que se cierra prácticamente el Quijote de Avellaneda. No es que no se haya advertido que este episodio brinda tal vez una clave para la comprensión de la polémica entablada entre Cervantes y el autor anónimo. En un texto crítico de tan amplia difusión como la introducción de Riquer a su edición de ambos Quijotes se sugiere, por ejemplo, que las dos historias de loco del prólogo cervantino tal vez hayan de verse como una respuesta al loco enjaulado que interpela a don Quijote, cuando, en el último capítulo del anónimo, visita éste la casa del Nuncio. Pero lo que demuestra que el problema está tratado como algo, al fin y al cabo, carente de trascendencia es la vinculación que Riquer establece a este propósito entre el mosaico de citas latinas que figura en el parlamento del loco toledano de Avellaneda y la caprichosa recopilación mencionada en el último libro del Persiles (IV,1). Extraña en efecto que Riquer no se haya dado cuenta de que el paralelo que en este caso se impone es el de este zurcido de sentencias y aforismos con las famosas pullas de Cervantes contra la erudición que otros -Lope en particular- desplegaban en sus prólogos, como creo que advierte todo observador no prejuzgado. Dado que la acumulación de citas del epílogo de Avellaneda es excepcionalmente monótona y larga (4), no cito aquí más que su comienzo:

(...) Soy principio de desdichados y fin de venturosos. Los médicos me persiguen porque les digo con Mantuano:

His etsi tenebras palpent, est data potestas
Excrutiandi aegros hominesque impune necandi.

Los poderosos me atormentan porque con Casaneo les digo:

Omnia sunt hominum tenui pendentia filo,
et subito casu quae valuerunt ruunt.

Los temerosos, odiosos y avaros, me querrían ver abrasado porque siempre traigo en boca:

Quatuor ista, timor, oïdum, dilectio, sensus,
saepe solent hominum rectos pervertiri sensu.

Los detractores no me dejan vivir porque les digo ha de restituir la fama cualquier que dice cosa que la tizna:

Imponens, augens, manifestans, in malum vertens,
qui negat aut minuit, tacuit, laudatve remisit.
(5).

De este modo se siguen acumulando citas, catorce exactamente. Lo que indudablemente explica que no se haya identificado el punto de partida de esta tirada, y la relación que, por lo tanto, ha de establecerse entre el prólogo cervantino de 1605 y el epílogo de Avellaneda, es la profunda divergencia que se observa entre las fórmulas de introducción o de transición intercaladas entre una cita y otra. Frente al abanico de posibilidades socarronamente abierto en el prólogo cervantino para zaherir una erudición de fachada, tenemos una antología de sentencias que tienen o que adquieren un valor satírico, al ponerse en boca de un loco que se presenta a sí mismo enzarzado en una polémica con toda la humanidad. Procuraré mostrar, más adelante, con cuánta malevolencia está pensada la modificación del plagio. Lo que en este momento me interesa destacar es que la alusión textual sobre la que he llamado la atención, al señalar cómo se vincula el epílogo de Avellaneda con el prólogo de la primera parte, no es sino una de las varias que se rastrean en el curioso episodio intencionadamente puesto al final de la novela apócrifa.

Una de las singularidades de este episodio es, en efecto, que se presenta como un auténtico zurcido de reminiscencias del texto cervantino. El deseo de citar aquí en primer lugar el fragmento en que esta intención mimética es más patente y está desarrollada con más amplitud, y el de llamar a este propósito la atención sobre la voluntad de cerrar la segunda parte apócrifa con una alusión al prólogo de la primera parte me ha llevado a hablar en seguida del empleo de citas latinas con el que se remata en realidad la serie de alusiones a las que me acabo de referir. Ha llegado el momento de presentarlas conforme al orden de su aparición en el texto.

La visita de Don Quijote en la casa del Nuncio se inicia con una presentación de conjunto de los locos que están allí encerrados, "de los cuales unos tenían cadenas, otros

grillos y otros esposas, y dellos cantaban unos, lloraban otros, reían muchos y predicaban no pocos, y estaba, en fin, allí cada loco con su tema" (6). Prosigue con un breve intercambio entre don Quijote y un mozo de mulas que le acompaña y que ha sido previamente instruido de lo que le tiene que decir, en este intercambio tercia un loco que, por pertenecer al grupo de los que ya van cobrando juicio, le dice a don Quijote dónde se encuentra y lo que con él piensan hacer los que le han traído a este lugar. Culmina, por fin, esta visita con el encuentro con el loco enjaulado cuyo extenso parlamento integra en particular el zurcido de citas latinas al que me he referido en lo que precede. Este loco está mucho más prolijamente descrito que los demás, indicándose entre otras cosas a su propósito que "tenía una gruesa cadena al pie, y en las dos manos unos sutiles grillos que le servían de esposas" e insistiéndose, por otra parte, en lo fijo de su mirada y en la facilidad con que pasa de la risa al llanto (7). En la técnica empleada para que la visita culmine con este retrato, y en el detallismo con el que se habla de la cadena y de los grillos que lleva este personaje, puede advertirse un palido reflejo de la presentación de Ginés de Pasamonte. Cuanto se dice de su extraño modo de mirar, de hito en hito y sin pestañear, y los demás pormenores que se dan sobre su actitud, remiten en cambio casi literalmente a alguna de las presentaciones de Cardenio. Pero donde cobra sentido la labor de taracea que está realizando el plagiarista es en las palabras con las que comienza su autorretrato:

¡Ah señor caballero, y si supieseis quién soy! Sin duda os movería a grandísima lástima, porque habéis de saber que en profesión soy teólogo, en órdenes, sacerdote, en filosofía, Aristóteles; en medicina, Galeno; en cánones, Ezpilcueta; en astrología, Ptolomeo; en leyes, Curcio; en retórica, Tulio; en poesía, Homero; en música, Enfión; finalmente, en sangre, noble; en valor, único; en amores, raro; en armas, sin segundo, y en todo, el primero. Soy principio de desdichados y fin de venturosos (...) (8).

No resulta difícil averiguar de dónde procede este jactancioso autorretrato, que enlaza directamente, según dan a entender las líneas que acabo de citar, con las muestras de descontento universal, apoyadas en una antología de citas latinas, cuya relación con el prólogo de 1605 se ha señalado en lo que precede. Incluso si el momento culminante en que el enjaulado afirma que es "en todo, el primero" parece una alusión directa a la famosa frase del prólogo de las Novelas ejemplares en la que declara Cervantes que ha sido el primero en novelar en lengua castellana, lo que básica y expresamente aparece aquí plagiado es un fragmento de lo dicho por el docto canónigo toledano que dialoga con el cura en los capítulos 47 y 48 de la primera parte. Sabido es que éste, que tan perfecto dominio ostenta de la Poética, llega a expresar en un momento dado un juicio favorable a las novelas de caballerías, defendiendo la idea de que podrían ofrecer a un hombre de buen entendimiento la oportunidad de mostrarse "ya (...) astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado", añadiendo que in-

cluso podría venirle la ocasión "de mostrarse nigromante, si quisiere" (9). Sentencia a la que sigue una enumeración de las virtudes heroicas que podría representar en sus personajes, con las esperadas referencias a los héroes míticos o reales -Ulises, Eneas, Aquiles, Héctor, Alejandro, César, Catón, etc.- que las solían ejemplificar. Teniendo esto presente, se comprende que no están desprovistas de sentido las malignas alusiones acumuladas al comienzo del autorretrato del loco megalómano de Avellaneda. Revelador parece que, entre las primeras indicaciones que da a su propósito, señale que es "en profesión, teólogo", "en filosofía, Aristóteles", "en cánones, Ezpilcueta". También puede apreciarse lo malévolo de la intención que lleva a situar en el famoso manicomio de Toledo el episodio con el que se pretende ridiculizar al personaje que ilustraba en cambio excelentemente, en Cervantes, la fama de entendidos que tenían los toledanos. La verdadera saña que se advierte en el tratamiento de esta figura cervantina lleva a Avellaneda a ser en este caso mucho más meticuloso que en otros lugares.

Da este tratamiento a entender que en un aspecto al menos la reacción de Avellaneda al texto cervantino es similar a la nuestra: frente a lo dicho por el canónigo en su conversación con el cura, tan difícil le resulta distinguir como hoy todavía a nosotros entre lo que es del personaje y lo que es del autor. Precisamente porque no interpreta esta figura sino como una transparente máscara del autor, se empeña en rebajarla con tan perverso refinamiento. El paralelo aquí esbozado entre nuestra actitud y la suya es menos paradójico de lo que a primera vista parece. Lo que en efecto demuestra la labor de marquetaría realizada por el plagiatario en su epílogo es que el deseo de herir a Cervantes le dota de una singular perspicacia frente a algunos de los momentos en que la novela cervantina se convierte en metanovela. Basta, para convencerse de ello, hacer brevemente el recuento de las cuatro figuras cuya presentación o cuyas palabras se plagian en el momento del encuentro de don Quijote con el loco toledano. Estas figuras son, respectivamente, Ginés y Cardenio, el canónigo toledano y el amigo "gracioso y bien entendido" del prólogo cervantino. Cuarteto de personajes en torno al cual han gravitado muchas de las modernas meditaciones sobre las innovaciones cervantinas y sobre la actitud de Cervantes frente al problema de los géneros literarios. Pero los límites del paralelo, y de la "perspicacia" de Avellaneda, se echan de ver en seguida. Allí donde nosotros vemos muestras de una feliz combinación entre reflexión crítica, teoría e invención, no ve Avellaneda sino manifestaciones patológicas de una tendencia inveterada a la jactancia y de la propensión no menos inveterada de un hipocondríaco a poner reparos a cuanto dicen o hacen los demás. De ahí la convergencia absoluta que se observa entre la especie de autoacusación que pone en boca del enjaulado del Nuncio y las injuriosas acusaciones que lanza abiertamente contra Cervantes en su propio prólogo.

Avellaneda es, pues, quien toma la iniciativa de hacer polémicamente uso del tema de la locura, para cerrar su novela con pullas en las que se advierte la alusión a situaciones ideadas por Cervantes, e incluso a palabras pronunciadas

por algunas de sus más destacadas figuras. Pullas con las que dice solapadamente al final de su obra lo mismo que en su prólogo decía con descaro.

Puede pensarse que es normal, desde luego, que a cualquiera que quisiera zaherir a Cervantes se le ocurriera aprovechar para hacerlo el tema central de su libro. Creo, sin embargo, que el virtuosismo con que hemos visto que está esto puesto en práctica al final de la obra anónima, con indirectas que dan a entender que el autor de la primera parte es tan loco, o más, que su protagonista, se explica en parte al menos por la amplia difusión que llegaron a alcanzar las varias formas del arte de motejar. Piénsese por ejemplo, a este propósito, en la verdadera codificación de los insultos directos y sobre todo indirectos que hallamos en la Floresta, y a la que remiten explícitamente los rótulos puestos a algunas de sus secciones (10).

Volviendo ahora al segundo de los prólogos cervantinos al Quijote, vemos que los ataques de Avellaneda repercuten de un modo directo en su estructura. La característica bifurcación que en él se advierte (11) puede explicarse por el deseo de ofrecer una respuesta analítica a todo lo alegado por Avellaneda en su propio prólogo, y de contestar en cambio con pullas y con indirectas cargadas de sarcasmo a las venenosas alusiones de su epílogo. Aunque el uso que Cervantes hace de la clásica interpelación del autor al lector es, desde el comienzo, muy poco conforme a la norma, solo en la segunda etapa de su prólogo se apoya plenamente en la relación desarrollada con este "tú" ficticio, para distanciarse de una polémica aparentemente desligada de su propia persona. Como tercera y última etapa de este distanciamiento sugiero que ha de verse el cuento de loco referido por el barbero. La irritada reacción de don Quijote, al darse por aludido por él y al mostrar que ha captado la intención con la que ha sido referido, parece aludir de rechazo a otro manicomio y a lo inadecuado del tratamiento que el plagio le reserva al final de su libro. Y como arma de dos filos puede entenderse el refrán con el que se denuncia la ceguera de quien no ve por tela de cedazo (12).

Se observará que en este lugar es donde aprovecha Cervantes la anécdota que más coincidencias temáticas presenta con la situación ideada por el plagio para cerrar con ella su libro. De las tres historietas recogidas por Cervantes, ésta es la única que transcurre en un manicomio, como en el episodio final de Avellaneda. Tiene, además, la particularidad de presentar, in fine, una confrontación entre dos locos. Coincidencias que sin duda tuvieron que antojársele a Cervantes muy adecuadas, pero que, insisto, se cuidó de reservar para el lugar de su compleja respuesta en que ésta aparece más desligada de su propia persona.

Hemos visto que Avellaneda se apoya en citas textuales de la primera parte, en su intento de ridiculizar a Cervantes. Cervantes, en cambio, en el prólogo y en la fase inicial de su propia segunda parte, que aquí me he limitado a estudiar, acude al acervo de cuentos y de dichos que andaban en boca de todos, recurso que está en total armonía con su

voluntad de implicar al lector en su respuesta. Pese a sus divergencias, ambas actitudes son en el fondo igualmente tributarias de la tradición entre jocosa e insultante ilustrada en la Floresta, tradición que llevaba a ser tan ducho en el arte de "responder con la misma palabra" como en el de "responder con copla antigua", sin contar con otras posibles ilustraciones de la misma pericia. Más allá de los aspectos anecdóticos que pudo tener la contienda, esto era lo que me interesaba destacar, señalando a propósito de su huella en dos creadores tan desemejantes cuán influida por los códigos vigentes está en ellos la expresión de la propia agresividad.



NOTAS

1. "The form and function of folktales in Don Quijote". The Journal of Medieval and Renaissance Studies, 6 (1976), pp. 101-138.
2. Loc.cit., p. 127.
3. Ibid., pp. 126-127.
4. El texto completo ocupa tres densas páginas de la edición de M. de Riquer en Planeta, y cuatro de la de F. García Salinero en Clásicos Castalia.
5. Ed. de F. García Salinero, Clásicos Castalia, Madrid, 1972, pp. 456-457.
6. Ibid., p. 455.
7. "Estaba mirando de hito en hito al suelo, tan sin pestañear, que parecía estaba en una profundísima imaginación, al cual, como viése don Quijote, dijo:
-¡Ah buen hombre!, ¿qué hacéis aquí?
Y levantando el encarcelado con gran pausa la cabeza (...) se fue poco a poco llegando a la reja y arrimado a ella se estaba sin hablar palabra mirándole atentísimamente (...) Pero al cabo de un gran rato se puso en seco a reír con muestras de grande gusto, y luego comenzó a llorar amarguissimamente, diciendo (...)", Ibid., p. 456.
8. Ibid.
9. El ingenioso hidalgo..., ed. de L.A. Murillo, Clásicos Castalia, Madrid, 1978; I, 47, t. I, p. 566.
10. Seis de los capítulos de la Séptima parte de la Floresta se dedican al motejar (de linaje, de loco, de necio, de bestia, de escaso y de narices); la tercera parte está dedicada a las respuestas (De responder con la misma palabra, De responder con copla antigua, etc.).
11. Véase en particular lo dicho en el magnífico ensayo de M. Socrate, Prologhi al "Don Chisciotte", Venezia-Padova, Marsilio Editori, 1974, pp. 76-77. V. igualmente los comentarios de A. Porqueras Mayo, en El prólogo en el Manierismo y Barroco españoles, C.S.I.C., 1968, pp. 11-12 y en su contribución al Ier. Congreso Internacional sobre Cervantes (Cervantes y su mundo, Edi-6, Madrid, 1981, pp. 81-82).
12. No es ésta el único lugar en que el ataque a Avellaneda se hace por medio de un refrán que dice don Quijote; otro ejemplo, mucho más directo, en el cap. 82, "-Ya yo tengo noticia deste libro -dijo don Quijote-, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos, por impertinente; pero su San Martín le llegará, como a cada puerco", ed.cit., p. 521.